

HISTORIA

La cultura, un medio para comprender la modernidad y el hombre de hoy*

ARNOLDO PACHECO SILVA**

1. *LA NECESIDAD DE UNA VISION GLOBAL Y EXPLICATIVA*

El hombre de hoy tiene la percepción de vivir en un mundo fragmentado por innumerables variables de información, las que no sabe componer en una lectura coherente, global e integrada que le permita otorgarle a la realidad una significancia ordenada y comprensible.

A primera vista pareciera que los profesionales universitarios, académicos e investigadores escaparan a las limitaciones del fenómeno señalado. En la realidad, en la mayoría de los casos no es así, por el contrario, los objetivos y quehaceres de sus especialidades los sumergen en compartimentos cerrados que le impiden la visión universal que debieran tener como científicos. La hiperespecialidad, de la cual participan, tiene una dinámica propia que exige una innovación impostergable bajo la amenaza de quedar al margen del conocimiento actualizado, más aún, cuando éste se ha transformado en el sustento de la revolución del futuro, denominada el “valor del conocimiento” (Taichi Sakaiya, 1994).

*Este artículo corresponde al proyecto de investigación: “La historia como proceso de humanización del hombre y la cultura”, dependiente de la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción, N° 94.64.23-13.

**ARNOLDO PACHECO SILVA: Profesor de Historia de América y Chile. Departamento de Historia. Universidad de Concepción.

La especialidad profesional y académica, exigencia de una sociedad industrializada técnico-científica adolece, además, de una formación holística e integradora entre las diferentes disciplinas, agudizando con ello la insatisfacción del hombre que anhela desde el interior de su ser poder aprehender en su conciencia el proceso histórico —que se mueve entre la continuidad y el cambio—, con la finalidad de hacer consciente y comprensible el conjunto de fenómenos sociales, económicos y políticos que en su globalidad forman un entorno cultural que le condiciona su vida personal.

El hombre tiene una tendencia natural a comprender; está necesitado de saber de sí mismo, de su mundo, de las posibilidades del presente y del futuro, quizás mucho más desde esta última perspectiva porque entiende que el futuro representa posibilidades de riesgo o seguridad, de incertidumbre o felicidad, que se presentan en alternativas por las que debe saber optar. Comprender su mundo, hacerlo inteligible, son tareas que el hombre intuye como profundamente liberadoras porque al hacerse consciente de la realidad se constituye en un ser responsable y gestor, capaz de conferirle una nueva dirección o una fuerza mayor a sus decisiones. Intuye, además, que cualesquiera que sean los resultados que pueda obtener en su actitud de compromiso con la sociedad, el sólo intentar una acción social le permite alejarse del anonimato, de la masificación, de constituirse en una simple correa transmisora del sistema; por el contrario, aunque nada efectivo cambie en el entorno, su acción consciente y significativa lo hace sujeto, artista social de su entorno histórico, capaz de generar nuevas instancias de dinámica social.

Hay un imperativo de expectativas para las ciencias sociales, consistente en que ellas tengan capacidad de originar una utilidad orientadora para hacer legible la vida cotidiana, entregando elementos que faciliten la construcción de un eje vital que ayude a conducir las opciones futuras del hombre. Uno de los elementos que podemos considerar para el análisis social es la utilización del concepto de cultura, porque en su significado hay un conjunto abarcante de toda la realidad del hombre; porque contiene la valoración que éste hace de la realidad; porque corresponde a la estructuración de un modo de vida; y, sobre todo, la cultura, es el instrumento adecuado de análisis, porque es el gran condicionante que gravita en la vida personal de los hombres. En consecuencia, es posible tener acceso a una realidad inteligible y decodificada mediante el análisis de la cultura que una sociedad tiene, de la dialéctica interna de sus componentes y el sentido que alcanza para los hombres que la viven, la sienten y la asumen.

2. *EL SENTIDO DE LA CULTURA*

Conceptualmente cultura es toda creación realizada por el hombre, con la finalidad de satisfacer sus necesidades; la cultura se erige en el medio ambiente humanizado, en el entorno necesario para que el hombre pueda desarrollar su vida. La cultura es la mediación, el medio, el conjunto de objetos que nos facilitan la existencia; es la combinación de respuestas creadas por el hombre para enfrentar sus necesidades.

Pero hay una conceptualización más profunda al respecto, y se refiere a que toda existencia cultural de un país está expresando y sintetizando las valoraciones que los hombres hacen de la realidad, de los medios de vida, del sentido de la existencia, etc.; es decir, la cultura se transforma en la normativa de legitimidad social que los hombres tienen para vivir. La cultura imperante en una sociedad les otorga a sus componentes pautas de comportamiento, de creencias que le orientan en su quehacer. En consecuencia, saber en qué cultura estamos insertos nos permite desentrañar el entorno condicionante de las opciones personales de los hombres.

Buscando el sentido que tiene la cultura en la vida del hombre, asumimos una perspectiva antropológica en este análisis. En este sentido, podemos afirmar que hay cultura porque el hombre no trae a sus espaldas respuestas hechas ante sus carencias. No tiene un conjunto de instintos que le faciliten la construcción de su vida; nace desnudo, desprovisto de programas y planificaciones; debe empezar desde la nada, elaborando desde lo más simple, como un arma de piedra, hasta los microchip más sofisticados. Hay cultura porque el hombre requiere hacerse; sólo se le ha regalado su existencia, pero debe inventar su vida de acuerdo a sus circunstancias (Ortega y Gasset). Debe hacerse su inteligencia, su alma, su sociabilidad, su religiosidad, su capacidad económica, su capacidad de libertad; es mejor afirmar que su humanidad entera debe ir haciéndose en la historia, de tal forma, que al nacer un hombre hoy día –a diferencia de un pasado remoto– tiene enormes ventajas comparativas porque hereda el lenguaje, el conocimiento científico, la tecnología, las instituciones, etc.

A diferencia del hombre, el animal frente a sus necesidades no debe crear una mediación que le ayude a satisfacerlas; las satisface directamente porque tiene todas las respuestas instintivas para hacerlo. Diríamos que nace básicamente programado, con certezas que le permiten tener una interacción con la naturaleza. En otras palabras, el animal frente a sus necesidades sabe

qué y cómo hacerlo, estableciendo con el medio un círculo cerrado, en el sentido que no puede abrirse a otras dimensiones porque no necesita transformar, valorar y someter la naturaleza. Tampoco necesita desarrollar una naturaleza animal como un proceso de elaboración; prácticamente nace ya hecho o llega a su plena maduración mediante un proceso exclusivamente neurofisiológico.

De allí que el hombre sea un ser abierto al mundo (Scheler). No se agota en su relación con la naturaleza, la requiere para utilizarla en su propio proyecto social, trascendiendo el mundo natural, humanizándolo, creando signos, símbolos, técnicas, relaciones sociales, instrumentos, que en su globalidad se llaman cultura; entonces, ha creado un medio ambiente que le ayuda no sólo a satisfacer sus necesidades sino que ha desarrollado paralelamente un proceso más profundo, crear un medio ambiente con consistencia para desplegar su propia humanidad, haciéndose hombre en cada creación cultural. Así por ejemplo, cuando el hombre descubre o inventa el fuego, la rueda, la agricultura, la imprenta, el arado, la fuerza eólica, la energía a vapor, la electricidad, etc., ha creado un conjunto de organizaciones técnicas productivas que implican formas más complejas y de mayor productividad para satisfacer sus necesidades; pero al mismo tiempo, por su utilización y aplicación en la vida práctica, éstas tienen un conjunto de consecuencias de influencia directa en el desarrollo del ser del hombre. Así por ejemplo, tener el control del uso del fuego encierra seguridad de sobrevivencia, desarrollo de la inteligencia, sensibilidad frente a la creación de un entorno temperado y comunitario, una actitud de observación, etc.

El mismo fenómeno de influencia en la constitución del ser del hombre ocurre con otras expresiones creadas por éste, como son las creencias, la expresión artística, los juegos, las fiestas, la organización social y política, y muchas otras expresiones creadas que le permiten al hombre subsistir y constituir su ser bajo el condicionamiento o influencia de cada estructura cultural.

Hay una relación íntima, cercana, fundante entre el hombre y cultura; entre el autor y su obra, existe una dialéctica abierta, infinita y fascinante; un diálogo mutuo de interacciones en que ambos se van recreando, construyéndose, condicionándose mutuamente.

El desarrollo de lo humano tiene relación directa con la creación de los

primeros instrumentos, pero en forma directa y fundamental con el desarrollo del lenguaje, donde se acelera la hominización cerebral (Maturana, 1992). El lenguaje, producto de la convivencia y del consenso, tiene el valor de incidir en el proceso de humanización y del desarrollo de la persona. Coordina, permite e interioriza la comunicación; consiente la vida social; expresa e interpreta la realidad; faculta el mundo de símbolos, etc. En cada palabra, conceptualización, hay un conjunto de experiencias, de representaciones, de emociones, sentimientos, ideas, que el vocablo en sí representa y que en su utilización hace brotar la interioridad de la misma humanidad.

Concluyendo, hay cultura porque el hombre inicia, ayer, hoy y para siempre el esfuerzo de satisfacer integralmente sus necesidades, y al satisfacerlas en su globalidad, en su extensión e intensidad, incorpora o realiza un proceso dinámico de apuntar al desarrollo de la humanidad del hombre. En otras palabras, cultura es el esfuerzo de humanizar y humanizarse.

Es esencial detenerse a pensar que la vida del hombre pasó primero por una etapa de evolución biológica, biogénesis, en donde llegó a formar toda su estructura neurofisiológica actual, a través de millones de años; y que ahora, desde el apareamiento del *homo sapiens*, se ha pasado de una estructura psíquica simple a una de mayor complejidad, la *reflexiva*, que le otorga capacidad al hombre de desarrollar y dirigir su propio avance entrando a una complejidad creciente de su propia evolución. Teilhard de Chardin lo expresa de una forma poética y profunda: ...“que la evolución del universo revela una orientación que se manifiesta en los mismos acontecimientos. He aquí las grandes etapas: la materia, la vitalización de la materia, la homonización de la vida. De hecho, la evolución ha llevado a un creciente desarrollo del sistema nervioso y a una progresión constante del psiquismo. Por eso nos es dado concluir que el centro de gravedad de la historia cósmica se sitúa actualmente en el hombre, no como si, hablando materialmente, ocupáramos un gran lugar en el universo, sino en el sentido de que nos hallamos en el centro del movimiento que lo engloba todo”. Es una proposición vital, la antropogénesis, en que el hombre tomando sus circunstancias, avanza con su interioridad reflexiva de energía humana hacia el desenvolvimiento y construcción de su humanidad, arrastrando consigo a toda la naturaleza por la creación de un medio ambiente nuevo, una nueva atmósfera, la cultura.

En consecuencia, una cultura para que adquiriera sentido, legitimidad y

significancia vital en los individuos, debe ser, entonces, capaz de estructurar una cosmovisión del mundo y de otorgar elementos que puedan responder a las preguntas que le son esenciales a todo hombre: ¿Quién soy? ¿Qué debo hacer? ¿Qué sentido tiene la vida?

3. *RELACION ENTRE CULTURA Y LAS NECESIDADES DEL HOMBRE*

Las necesidades humanas y su esfuerzo por cubrirlas componen todo el sustrato de la dinámica del acontecer histórico del hombre. Necesidades que se expresan en orden de desarrollo del ser, del tener y del hacer del hombre. Las necesidades no son un problema sólo de una variedad de carencias que hay que satisfacer, por el contrario corresponden a un conjunto de requerimientos que nacen de la estructura ontológica del hombre, de una intimidad armónica del cuerpo, mente y espíritu, que requieren unitariamente ser, tener y hacer. En consecuencia, el hombre requiere respuestas que le permitan desarrollar, desenvolver su condición humana, de allí que las necesidades abarcan todo el espectro del ser del hombre y conforman una dinámica infinita de formas y esencias para satisfacerlas que en su globalidad llegan a constituir una cultura con un rostro y un nombre determinado.

A partir de este enunciado podemos recordar, mediante un listado básico, aquellas necesidades más representativas del hombre porque están incorporadas en todo período histórico y porque son la expresión inmanente de su ser antropológico. Revisemos sólo algunas de ellas:

3.1. *La necesidad de subsistencia*

El hombre para poder constituir su humanidad necesita alimentarse, protegerse con un vestuario y un refugio que le sirva de habitación. Necesidades fundamentales en toda la historia de la humanidad. Sin ellas el hombre no adquiere su necesario equilibrio físico y psíquico. El hombre comienza a humanizarse al satisfacer estas necesidades.

3.2. *La necesidad de libertad*

Es desarrollar su capacidad de ser él mismo. De no estar sujeto y predeterminado a una estructura neurofisiológica. Capacidad de objetivar el medio, de valorarlo en orden a buscar su transformación que le ayude a ser. Capacidad de objetivarse a sí mismo, de elegir y hacerse responsable de su elección.

3.3. *La necesidad de fundamento (Cencillo)*

Al nacer el hombre desfondado, no nace poseionado de un conjunto fijo de pautas, certezas, criterios y de una infabilidad noética, que fueren dadas por la naturaleza, por el contrario, en cada momento necesita otorgarse un conjunto de premisas que le permita organizar la existencia, alcanzar una visión globalizada del mundo y que al mismo tiempo le confiera una motivación existencial para enfrentar la realidad. El hombre necesita de un fundamento determinado, de un conjunto de criterios, de ideas, convicciones, creencias, es decir, de un repertorio que le permita respaldar sus opciones.

El fundamento radica en una variedad de perspectivas que el hombre llega a poseer temporalmente como, por ejemplo, los principios lógicos, verdades científicas, principios éticos, conciencia ética, creatividad, libertad, etc. Cada uno de ellos, una vez alcanzado es puesto a prueba por nuevas preguntas, inquietudes existenciales, interpelaciones que surgen de la realidad, ocasionándose una reinterpretación o en su efecto su reemplazo por otros modelos, en un proceso dinámico e infinito.

De allí, que en toda cultura se originen un conjunto de creencias, certezas, de cualquier índole que responden a la necesidad primaria del hombre de tener un piso firme en que fundamentar su vida y opciones.

3.4. *Necesidad de ser "homo faber"*

Necesidad fundamental del hombre, consistente en querer proyectar su señorío sobre la naturaleza o el mundo creado por él. Necesita desplegar sus energías creadoras, concretizar sus valoraciones sobre la realidad, prestar

servicios, transformar su entorno social; instancias consideradas todas como tareas imprescindibles y realizadas con plena seriedad. Conjunto de exigencias importantes como necesidad, porque allí aporta el hombre con su inteligencia, creatividad, imaginación y sensibilidad; conjunto de esfuerzos que de alguna forma mejoran parte de la realidad social.

3.5. *La necesidad estética*

Concebirlo así envuelve a un ser necesitado de ritmo, del color, de la línea, y la armonía, etc., expresiones que en su conjunto el hombre ha ido desplegando desde los primeros tiempos de su historia. Sus actividades de cualquier índole requieren ser satisfechas con medios, instrumentos o ambientes que lleguen a expresar belleza, color, ritmo y línea. El hombre precisa de la belleza, así como de la verdad y la bondad. Pareciera que entre ellas hay una relación intrínseca de mutua atracción, “por la belleza, volverán al mundo la verdad y el bien. La belleza salvará al mundo” (Solzhenitzyn).

3.6. *La necesidad ética*

El hombre nace con una conciencia que debe desarrollar, está continuamente obligado a enfrentar una constante que lo acucia en todo momento: “qué debo hacer”, interrogante que surge frente a diferentes situaciones. La conciencia ética no nace totalmente en blanco, hay una capacidad potencial en el ser humano de reconocer las culpas, que pertenece a la esencia misma de la estructura psicológica del hombre (Alberto Gorres). Enfoque básicamente antropológico, en cuanto que hay aptitud en la persona de saberse responsable frente a sus decisiones y conductas. La cultura como entorno interpelador de cada individuo debe ayudar al ejercicio y al desarrollo de actitudes en que cada uno afine su conciencia de justicia en sus complejas relaciones con los otros, de no hacerlo, bien se podría caer en la indiferencia y en la amoralidad.

La realidad histórica de todo pueblo en todo tiempo y lugar tiene una profunda carga ética, en el sentido que nos hacemos conscientes del conjunto de carencias que padece el hombre en la construcción de su

mundo: hambre, exclusión de la sociedad, violación de su dignidad humana, etc., carencias todas que encierran un directo llamado a todo hombre, en cuanto a que esa realidad exige un cambio, que se reparen las injusticias mediante transformaciones económicas, políticas y sociales. Si no existiera la conciencia de reparar toda injusticia, no existiría la necesidad de la ética en la construcción del mundo.

Al terminar el examen de algunas de las necesidades del hombre, podemos inferir que responder a la satisfacción de ellas es el proceso mismo de la cultura. Pero la dimensión del problema es de mucho mayor complejidad, porque cada sociedad va configurando en forma distinta qué necesidades se constituyen en ejes ordenadores del conjunto de las otras necesidades, cómo se articulan entre sí y qué funciones operacionales hay que realizar para alcanzar su satisfacción. En otras palabras, cada cultura tiene su propio sistema ordenador de la realidad a partir de la propia valorización que los sujetos hacen de los instrumentos que les sirven para responder a la demanda de sus necesidades.

Desde esta perspectiva la cultura de la modernidad es el resultado de haber ordenado el proceso histórico a partir de los siguientes ejes valóricos: la idea de progreso, la racionalización de la sociedad, la secularización, y la prioridad de la ciencia y la técnica. Al valorar estos elementos como predominantes en la cultura, los otros elementos culturales quedan subordinados a los primeros. En este contexto condicionante hemos hecho y estamos haciendo nuestra propia historia personal, de allí la importancia de discernir los elementos valóricos de esta cultura.

4. *CULTURA DE LA MODERNIDAD*

Vivimos en el mundo de la modernidad, hemos adoptado sus creencias, hemos disfrutado de sus modos de vida, de sus logros y éxitos, como igualmente hemos sentido sus limitaciones, defectos y pobreza.

Somos personas de la modernidad, no porque tengamos una conciencia acabada de ella, o porque la defendamos a ultranza, sino porque estamos incorporados a su útero cultural, es decir, a su infraestructura espiritual y física desde la cual no podemos escapar con facilidad. Asistimos, de cerca o de lejos, a los debates sobre ella; a los planteamientos críticos y al desencanto que tienen los posmodernos; a los esfuerzos que se hacen para enterrarla o

al menos, socavarla. Presenciamos las finas disquisiciones académicas, que la mayor parte de las veces nos alejan de una fácil comprensión del impacto de la cultura de la modernidad en nuestra vida personal.

Un esbozo de sus principales contenidos nos da la pauta de las creencias que nos han acompañado en el diseño de nuestra existencia.

4.1. *La idea de progreso*

A partir de esta convicción básica los hombres de las últimas centurias, por primera vez en la historia, han tenido la oportunidad de pensar, racionalizar, planificar globalmente el futuro del hombre. En ellos se ha internalizado la idea de desarrollo económico, revolución, emancipación, y otros paradigmas como elementos válidos que el hombre debe considerar en su proceso de liberación y de construcción de la historia.

En todos nosotros late una de las raíces fundantes de la Ilustración, el progreso. La razón, la ciencia, los adelantos técnicos y los instrumentos científicos conformarán los pilares del progreso. El microscopio, la máquina neumática, el barómetro, serán acogidos como los instrumentos que avizoran nuevos tiempos. El descubrimiento de las leyes de la naturaleza arroja los secretos con que el hombre espera someterla y explotar sus recursos. El control de las fuerzas naturales pareciera transformarse en la etapa más importante de la humanidad, al establecerse una confianza ilusionada en el futuro, como el período inevitable en que se superarán las estrecheces del presente, es decir, la pobreza, las enfermedades, la vejez y las guerras.

La certeza es aún más fuerte, el hombre mediante el uso de la razón, aprenderá a ser feliz, dando paso a la justicia, a la igualdad entre las naciones y las personas. Condorcet expresaba muy bien el espíritu de los nuevos tiempos. “Habrá un tiempo en el que el sol brillará sobre tierra de hombres libres que no tendrán más guía que la razón”.

Es un humanismo inmanente, pletórico de optimismo por el destino del hombre; en verdad la humanidad se sentía superando la ignorancia, las supercherías, los dogmatismos y todas las servidumbres que ataban al hombre a la esclavitud. Según Condorcet, las ciencias pueden servir al perfeccionamiento moral del hombre.

La historia estaba a favor del hombre; el tiempo adquiere un nuevo sentido, no es una mera sucesión cronológica de hechos, sino que tiene el

sentido del progreso en una dirección lineal, siempre en ascenso; a medida que pase el tiempo el progreso será acumulativo posibilitando mejores condiciones de vida.

El desarrollo cognitivo, la ciencia, la unidad teórico-práctica, la inteligencia humana establecen una interacción acumulativa de saber que *per se* causará progreso. Entonces, la historia será un peregrinar seguro hacia la felicidad de la especie humana.

4.2. *La racionalización de la sociedad y de la vida del hombre*

El fenómeno de racionalización se presenta como un efecto totalizador e integral y omnipresente de todas las expresiones culturales del hombre de Occidente: intelectuales, artísticas, institucionales, económicas, religiosas, políticas, etc. (Weber). La racionalización se ha transformado en el eje sostenedor del espíritu occidental, en el que predomina el método de la razón, la abstracción, el cálculo, la tendencia empírica, la crítica y la técnica, conjunto de elementos aplicados con intensidad a la transformación de la realidad. Es la cultura misma que se ha volcado en ese sentido y finalidad; fenómeno propio de occidente cuando se ha dado aquí una fuerte conjunción de elementos que han derivado desde el interior de la cultura a una peculiar racionalidad, con intensidad distinta a la de otras culturas.

El hombre que nace, que se gesta desde este entorno, está erigido desde una estructura mental, de actitudes, conductas y, en especial, de motivaciones que en su conjunto corresponden al patrón de racionalidad, que tiene consonancia con las estructuras y la institucionalidad de la sociedad. En otras palabras, el hombre de la modernidad sólo ha desarrollado preferentemente un solo hemisferio del cerebro del hombre.

4.3. *La secularización de la cultura occidental*

La situación histórica fundamental del fenómeno radica en que el cristianismo deja de ser el centro regulador de la sociedad, desde el cual emergía la cosmovisión integradora de la cultura, que unificaba todo el espectro social en el ordenamiento de sus motivaciones y estructuras.

Con el surgimiento del método científico se produce en Europa un

proceso de desencantamiento en que se desmorona la fuerza de vitalidad social que tenía la religión para los hombres, con sus símbolos, sus signos y creencias. Es lo que Max Weber denomina la profanización de la cultura occidental. Esto es que la religión ha sido relegada a la periferia de las motivaciones personales y sociales, como un fenómeno accesorio en el cotidiano vivir. La religión ha sido reemplazada y relegada por el paradigma de la razón, ciencia y racionalidad.

Desde el punto de vista histórico hay que distinguir dos fases o aspectos del proceso de secularización. Uno, que se refiere a la pérdida del control, dominio, que la Iglesia Católica tenía sobre la sociedad a través del Estado, la Inquisición y la educación. A través de estas instituciones lograba ejercer un control e influencia muy directa como autoridad política y espiritual, fenómeno que se remonta en sus orígenes a procesos históricos lejanos y complejos que se produjeron al comienzo de la Edad Media. Control que comienza a declinar y que se resquebraja con la Revolución Francesa y termina de consumarse con el advenimiento de los gobiernos liberales.

La otra arista del proceso, es el reemplazo del paradigma religioso por el paradigma científico. Este último comienza a tener plena vigencia y valoración por los componentes de la sociedad, desplazando al paradigma anterior. El nuevo modelo científico nacido en contraposición al religioso, una vez que se ha impuesto valorativamente, se transforma en la orientación unilateral de la sociedad, siguiendo la mecánica histórica de una oscilación pendular cuando un nuevo sistema reemplaza al antiguo.

La secularización de la cultura trae consigo consecuencias interesantes a distinguir. Se rompe la unidad de cosmovisión que el cristianismo significaba para la sociedad: aparecen simultáneamente visiones globalizantes de la realidad que en la práctica se transforman en verdaderos sustitutos de la religión al otorgarle a la cultura una cosmovisión de sentido. Entre estas religiones seculares tenemos el socialismo y el liberalismo.

Otra faceta importante de la secularización, es que la religión, lo sagrado y trascendente deja de tener una función de legitimización social, es decir, sus propuestas no tienen la acogida de normativa válida para toda la sociedad. La religión pasa a ser considerada como una materia que debe ser asumida como una opción privada, sustrayéndola de toda connotación e influencia directa en la vida económica, social y política.

4.4. *El desencantamiento o la autonomía profana del mundo*

En la premodernidad el mundo descansaba en su funcionamiento, sentido, y explicación en los fundamentos religiosos, estableciéndose una homogeneidad valórica en la existencia de los ciudadanos. Las transformaciones ocurridas en la economía occidental y en las estructuras sociales –a partir del siglo XI adelante– llevan a las realidades creadas por el hombre a establecer su propia autonomía e inmanencia sin dependencia de la metafísica cristiana. Como consecuencia, se ha obtenido un mundo diferenciado y pluralista. La política, la economía, el arte, la filosofía, las ciencias y todas las disciplinas del hombre, adquieren independencia del fenómeno religioso, adquieren su necesaria legitimidad para desarrollarse; definitivamente ya no están subordinadas a su teología y dogmas. Etapa imprescindible en la evolución humana.

Las consecuencias que obtienen son notables, cada una de las disciplinas origina su propia lógica, sus propias pautas de desarrollo, sus propias esferas de razón y de legitimidad. Se ha obtenido la desacralización del mundo o su “desencantamiento” (Weber).

Se ha dado un paso necesario y fructífero en la aventura del hombre por construir su mundo y humanidad; pero al mismo tiempo cada disciplina con su propia esfera de valor pierde el horizonte integrador en cuanto a dar cuenta del fenómeno humano en su totalidad, y cuando lo hace, se sustenta únicamente en la validez de la racionalidad científica.

4.5. *Los nuevos ejes de la cultura: la ciencia, la técnica y la racionalidad funcional*

La modernidad es el paso realizado desde una sociedad fundada en la metafísica religiosa y la técnica artesanal, a una sociedad que encuentra su fundamento explicativo en la racionalidad científico-técnica. Este nuevo modelo ha podido impregnar y transitar por todos los laberintos en que el hombre necesita sostener su vida. Este nuevo sustento valórico es desde el cual se configura toda la nueva institucionalidad y la estructuración del sistema social y productivo que dan la fisonomía a la sociedad moderna.

Las transformaciones, los cambios, arrancan de la aplicación autosostenida de los adelantos científico-técnicos a la producción. La sociedad se ve

impactada por cada revolución productiva que la tecnología de punta va desarrollando, estableciendo una dinámica en que la lógica es ir retroalimentando el sistema productivo, que cada vez requiere de mayor perfección y productividad. Tema al que se han referido exhaustivamente autores como Habermas, Berger, Bell, entre otros.

El nuevo orden regido por la ciencia-tecnología-producción exige para su vigencia una continua innovación, siguiendo los requisitos de su ser interno, establecida por las leyes del rendimiento, la eficacia, la utilidad y la maximización; de allí que se transforme en un sistema que ha desencadenado una rueda giratoria sin fin, sintetizado muy bien por el siguiente comentario:

“La parábola del aprendiz de brujo, de Goethe, tiene su cumplimiento en nuestra sociedad. Hemos puesto en marcha un mecanismo que ahora no sabemos parar. Continúa funcionando y amenaza con ahogarnos en la lógica funcionalista que todo lo quiere abrazar” (Mardones, 27).

El problema cultural reside en que el actual sistema considera estos objetivos nombrados –rendimiento, eficacia, utilidad, etc.– como finalidad, cuando en realidad debieran ser simples instrumentos dentro de un contexto axiológico-jurídico que le otorgue primacía al desarrollo humano. Otro elemento crítico que se puede advertir en este sistema científico productivo, es la configuración de un entorno cultural en que la “funcionalidad” se transforma en un “valor”, en un requisito “sine qua non” a considerar en la vida individual, social, productiva y política. La “funcionalidad” es un ordenamiento cultural basado en una valoración de toda la realidad, a partir de un objetivo pragmático de plantearse constantemente de que “todo ha de servir para y en función de algo”. El sentido de utilidad ha penetrado y se ha inmiscuido en todos los intersticios de construcción social, derivando en otro paradigma importante desde el cual se ordenan materias tan disímiles como la política y la educación.

La “funcionalidad” se ha erigido en la atmósfera de la sociedad, en el tejido y la tesitura que fundamentan todo tipo de decisiones y que permiten la mantención de la eficacia y el rendimiento del sistema.

Profundizando en el análisis cultural, podemos sostener que el sistema tecno-productivo apunta a realizar una manifestación primordial: el conocer para dominar; objetivo que le concede al hombre moderno su poder y soberanía. La tragedia para el humanismo es que el hombre en la ansiedad por los cambios y el desarrollo económico ha optado, consciente o inconscientemente, en volcar sus esfuerzos, unilateralmente, en el conocer para

producir y dominar, jerarquizando desde esa perspectiva la satisfacción de las otras necesidades.

La tragedia de la modernidad es haber establecido un principio dominante, lo cognitivo, fuente que conlleva a relaciones dominadoras con la naturaleza, y a determinar al hombre sólo como un ser de funciones o de utilidad.

5. *EL HOMBRE DE LA CULTURA DE LA MODERNIDAD*

Naturalmente que los hombres precursores de la modernidad, Locke, Newton, Bacon, Descartes, Grotius y muchos otros, no podían prever que los principios que ellos propugnaban, en su aplicación, desarrollo y evolución iban a instituir un conjunto de consecuencias que ellos no se hubiesen imaginado y que menos podían llegar a defender.

Se ha planteado la crisis de la modernidad según un diagnóstico elaborado por una mayoría importante de especialistas, como un gesto de preocupación por el avance futuro de las sociedades que se sostienen en la modernidad. La urgencia de superar la crisis no implica echar por la borda los innegables avances que la modernidad ha significado, sino que corregir el eje por donde pasan las valoraciones del hombre, y otorgarle a la modernidad un sello antropológico, en cuanto a que esto incluye un enfoque diferente del conocimiento del hombre y, además, lo que es relevante, ubicar a éste en el centro del sistema económico, político y social.

En definitiva, la modernidad ha tenido una deficiencia congénita, consistente en un enfoque antropológico insuficiente en la búsqueda concreta del desarrollo de la humanidad del hombre, al efectuar un fuerte reduccionismo o empobrecimiento de él, al someterlo exclusivamente a la mirada analítica de la razón científica o política, que sólo son una parte de la realidad del ser humano. En la modernidad, el hombre, en el despliegue de su humanidad, ha privilegiado sus relaciones cognoscitivas y dominadoras con las cosas u objetos, asimismo sus relaciones son funcionales con la sociedad política (Villegas, 1993). Son éstas las exclusivas variables en que ha descansado el humanismo modernista; insuficientes cuando el presente siglo nos ha traído aportes antropológicos de indudable valor, como los realizados por Buber y Levinas al considerar al hombre primordialmente como un ser dialogal, relacional, o abierto al tú.

Por otro lado el movimiento de la Ilustración, como consideraciones de verdades universales de la modernidad, ha sido encarnado por el capitalismo y la burguesía que le han dado un rostro económico y social concreto en estos siglos en Occidente. Así planteado el tema, al menos en sus proposiciones básicas, resulta complejo el proceso explicativo del surgimiento de un tipo de hombre producto de la modernidad. A lo menos se ha delineado un bosquejo explicativo de la crisis de la modernidad, que a nuestro parecer se caracteriza por el empobrecimiento de la humanidad del hombre actual. No se ha respondido a lo que el hombre antropológicamente es y a lo que ontológicamente necesita. En consecuencia el rostro del hombre actual pareciera tener las siguientes inconsistencias:

5.1. *La falta de sentido de la existencia*

El prominente psiquiatra austríaco Viktor Emil Frankl, creador de la Logoterapia, sostiene que el problema del hombre contemporáneo es que la gente tiene una aguda conciencia de una falta de sentido de su existencia, situación que revela “el síntoma más relevante de la neurosis colectiva contemporánea”.

La sociedad industrializada –continúa nuestro autor– se ha especializado en satisfacer todas las necesidades del hombre; incluso en saber crearle otras necesidades, pero no ha sido materia de su interés el de “satisfacer la más humana de todas las necesidades del hombre, la de encontrar sentido a la vida”. Esa insuficiencia vital genera –según Frankl– depresión, agresión y adicción, problemas característicos de la sociedad contemporánea.

5.2. *El hombre “light”*

Término acuñado por el psiquiatra Enrique Rojas al caracterizar al hombre que nace de la cultura moderna: buen profesional, centrado en el sentido del tener; consciente de la importancia del poder y del dinero; seducido por los altos niveles de vida que se alcanza con el bienestar y el consumo; situado en un relativismo ético, en que el subjetivismo personal es el absoluto; finalmente, este modelo de hombre se orienta a pasarlo bien, a la búsqueda de sensaciones; es en definitiva un hedonista: “Significa que la ley máxima

de comportamiento es el placer por encima de todo, cueste lo que cueste, así como el ir alcanzando progresivamente cotas más altas de bienestar. Además, su código es la permisividad, la búsqueda ávida del placer y el refinamiento, sin ningún otro planteamiento. Así pues, hedonismo y permisividad son los dos nuevos pilares sobre los que se apoyan las vidas de aquellos hombres que quieren evadirse de sí mismos y sumergirse en un caleidoscopio de sensaciones cada vez más sofisticadas y narcisistas...”.

5.3. *El hombre de la ética indolora*

Gilles Lipovetsky y Daniel Innerarity han hecho una acertada caracterización del modelo de ética asumida en la cultura de hoy, al menos por un sector importante de la sociedad occidental.

Es una ética ceñida y determinada por la inquietud primordial por el yo y mi bienestar, en el sentido de que mi altruismo o mis deberes con el otro no deben ir más allá de un compromiso que pudiera alterar mi bienestar.

Se tienen emociones frente al dolor, la pobreza, la corrupción, el racismo –por ejemplo–, pero son emociones no conjugadas con sentimientos intensos, distantes de todo compromiso profundo con el otro y con su situación; se huye del deber absoluto y de una tarea que requiera ir al fondo de las cosas para cambiarlas; por el contrario, se está dispuesto a corregir sólo la superficie. Se vive y practica una ética epidérmica, indolora, superficial, que no atente y desestabilice el bienestar personal. Se asumen deberes que sean sólo compatibles con ese modelo, procurando construir un garante de autosuficiencia y de autoprotección que mantengan incólumes los nuevos imperativos de los tiempos: juventud, salud, esbeltez, satisfacción, velocidad, amabilidad, poder, dinero. Entonces el sufrimiento que hay en el mundo no debe invadir la privacidad individualista en la que permanece el yo.

5.4. *El relativismo, la conciencia de una cultura neoliberal*

Es indudable que el liberalismo ha hecho un aporte positivo en la historia humana, al crear un movimiento social en favor de la libertad política, social y económica, en definitiva un esfuerzo por establecer en la sociedad la vigencia de los derechos humanos. La contrapartida está en que su idea de

libertad está concebida como un fin en sí misma, en una autonomía absoluta sin reconocer parámetros externos a los cuales el hombre pueda referirse. Es una libertad entendida sin trabas, establecida así como fundamento de toda acción y proceso; considerándose este criterio como norma categórica que debe condicionar la conducta humana.

Una sociedad regida bajo la égida de esa concepción de la libertad abre paso al relativismo ético, al valorarse el subjetivismo personal como medida única de referencia, sin conjugarlo con valores trascendentes que constituyen las referencias objetivas con las cuales toda persona debería entrar en una interacción por ser referencias valóricas de índole universal. Al no realizarse dicha interacción entre libertad individual y valores trascendentes, se pierde el sentido social de cada persona, para terminar encerrado en un individualismo que requiere sólo de su realidad subjetiva como valor supremo, y el respeto, al menos, de los principios básicos de convivencia.

Es una libertad que no siente como deber reconocer la posibilidad de la verdad, más aún llega a desconocer la posibilidad de conocerla. Al respecto, Octavio Paz ha llegado a diagnosticar que el relativismo se ha establecido en un nuevo absolutismo que se asoma como uno de los precipicios por los que puede abismarse la sociedad moderna.

La fragilidad de las democracias modernas es que en ellas han entrado en crisis todos los valores que necesitan un esfuerzo consciente para asumirlos como tal. El predominio neoliberal ha llevado a la convicción de que la conciencia individual es la medida determinante de infalibilidad. En esa posición la conciencia queda reducida a la expresión de la subjetividad, a las propias opiniones individuales. Bajo estas premisas se ha abandonado una de las posturas básicas que había acompañado al hombre por mucho tiempo, que la conciencia es el instrumento que le permite orientarse en dirección a la verdad. Alfredo del Noce –filósofo italiano– lo afirma con claridad, en cuanto que la verdad metafísica es una verdad universal, pero ésta debe asumirse y descubrirse como decisión personal, esfuerzo que nadie puede hacer por otro; síntesis adecuada entre libertad y persona. En cambio el relativismo sostiene una libertad que no tiene el deber de reconocer la verdad; posición que debilita la cohesión del cuerpo social, que para su existencia requiere de referentes universales.

5.5. *La crisis de la moral*

Tony Mifsud, S.J., hace un análisis interesante de la crisis de la moral en nuestra sociedad. Maneja el vocablo crisis considerándolo como una tensión en un período de cambio; en este caso se produce porque se ha desplomado un esquema explicativo de una moral que apuntaba hacia la norma enseñada y controlada por la autoridad; a su vez, dentro del proceso de crisis se abren posibilidades de concebir una nueva moral, reconocida porque apunta al desarrollo integral de la persona mediante una invitación a asumir libremente un estilo de vida humanizador, un *modus vivendi*, a partir de un discurso o concepción sobre la persona humana en sociedad. Al poseerse una concepción sobre la persona humana, se tiene una variable fundamental que puede considerarse como referente trascendente, necesario, a partir del cual se constituye un conjunto de valores para responder a los desafíos individuales y sociales; con esos valores en torno a la persona humana, la obligación es aprender a discernir lo que debe hacerse frente a cada circunstancia.

Mientras se desarrolla esta moral del discernimiento, basada en la libertad, exigida por los valores de la persona humana y desarrollada por un proceso educativo, permanecemos en una situación crítica respecto a la moral, al predominar un fenómeno socio-antropológico que se puede denominar como amoralidad, esto es una creciente insensibilidad dentro de la sociedad en relación a los valores morales producto de la mentalidad contemporánea: criterio consumista; empobrecimiento del espíritu humano; desintegración de vínculos personales, y el surgimiento de un hombre masa centrado en el tener, con pérdida de su sensibilidad frente a lo gratuito, lo estético y lo trascendente.

5.6. *La lógica del intercambio equivalente*

Es otro de los matices o variables del fenómeno de deshumanización que hemos venido reseñando. Deshumanización que se produce cuando en una cultura la persona humana no ocupa el centro de todo el ordenamiento social, siendo desplazada por los esfuerzos de privilegiar funcionalidades del sistema, variables de intereses, y la mantención de posiciones permanentes de equilibrio.

La lógica del intercambio equivalente corresponde a una ley social necesaria para el funcionamiento de la sociedad. Consiste en que el aporte o esfuerzo que realizan los individuos deben ser debidamente compensados en una equivalencia al valor de los esfuerzos desarrollados.

El problema cultural se produce cuando esta ley social se transforma en el valor único y excluyente del ordenamiento social, condicionando todas las prácticas o formas de relaciones interpersonales, bajo la perspectiva que todo se compra, se vende, o puede ser medible o reducido a un precio.

Para que una cultura adquiriera un sentido humanizador requiere del funcionamiento de la otra ley: la lógica del intercambio gratuito; fundada en la capacidad potencial del hombre de poder donarse y tener gratuidad. Las familias, las parejas, las instituciones requieren para su subsistencia de esa capacidad de entrega que el hombre puede desarrollar; ningún partido político, estado o iglesia puede cumplir a cabalidad su cometido si no integra personas que tengan esa trascendencia oblativa.

6. CONCLUSIONES DESDE UNA PERSPECTIVA HISTORICA

6.1. *Ruptura entre modernidad y premodernidad*

Al nacer y desarrollarse la modernidad dentro de una cultura premoderna, su evolución estuvo marcada no sólo por los esfuerzos de innovación, sino por una impronta claramente revolucionaria, desechando el pasado y el presente que le antecedían. Ante todo, en el transcurso histórico actuó y se impuso la ruptura, la confrontación con la cultura medieval que tenía siglos de gestación. La modernidad era una esperanza cierta de tiempos mejores porque esgrimía una conjunción de factores favorables: la razón como método; la ciencia y la técnica como progreso; el método empírico como certeza; todos ellos, en conjunto con lo mejor de la cultura anterior, podrían haber establecido una síntesis de avance en la sociedad humana. No ocurrió así, no por deficiencia de los elementos de la modernidad, sino que por la forma valorativa con que el hombre fue asumiendo la modernidad; la asumió y la usó como un arma ideológica; se confrontó desde la línea de poder político y social. En vez de establecer un diálogo desde las posibilidades de apertura de humanismo que se abrían para el hombre —inspiración de los precursores—, se dejó llevar por el mesianismo, y por los esfuerzos de

desplazar los grupos sociales del antiguo régimen. No hubo continuidad en el cambio histórico, sino que polarización; aceptando el nuevo paradigma para arrojar el anterior a la hoguera de la condenación.

6.2. *La distancia permanente que hay entre el “deber ser” y lo que “es”*

Los principios teóricos planteados por los precursores obedecían a una necesidad histórica de nuevas posibilidades para el desenvolvimiento humano, llegando a conformar paradigmas de natural atracción para el cambio. La verdad es que en la observación de los hechos históricos siempre es probable observar que una es la realidad de los principios y otra es la realidad de su aplicación concreta en el proceso histórico. Lo que se advierte es que hay una distancia entre los planteamientos formulados por los fundadores de una doctrina y cómo estos principios se encarnan en la existencia. La experiencia histórica parece validar que siempre hay una distancia entre el “deber ser” como manifestación de objetivos –aunque nazcan de la dinámica de los acontecimientos– y lo que efectivamente “es” como concreción histórica.

Esta es una de las facetas vividas también por la modernidad, la distancia entre lo que se pretendió conseguir y lo objetivamente alcanzado. De tal modo, que de los males de hoy en nada podemos culpar a quienes fueron configurando su modelo teórico inicial, más bien la responsabilidad fue de sus ejecutores –clases sociales, políticos, estados, etc.–, los que fueron interpretando y analizando, de acuerdo a las circunstancias, las oportunidades y factibilidades concretas de su aplicación. Sin embargo, esto no significa desconocer que la modernidad tiene en sí sus propias limitaciones en la propuesta de su proyecto humanizador.

6.3. *El reduccionismo de todo sistema histórico*

Muy vinculado al punto anterior, nos encontramos con otra experiencia histórica, consistente en que los modelos que el hombre se propone para vivir siempre son insuficientes en cuanto a la capacidad que tienen de responder a las necesidades integrales del hombre; en la práctica se enmarcan en privilegiar la satisfacción de una *necesidad primordial*, a partir de la cual

ordenan la satisfacción de todas las otras. De tal manera que la necesidad jerarquizadora o primordial comienza y termina por reducir las otras necesidades del hombre a su propia imagen y funcionalidad. Así por ejemplo, en la evolución histórica nos encontramos con diversas etapas al interior de la cultura en que podemos reconocer el fenómeno descrito, reconociendo momentos en que ha imperado la explicación mítica, en otras la religiosa; en la modernidad, la racionalidad y el economicismo. Todas ellas adolecen de la misma falla fundamental, reducir el sentido del hombre a una sola dimensión, a la que en ese momento impera en la sociedad.

6.4. La modernidad y su anclaje en el capitalismo

Hay muchos puntos de análisis sobre esta cuestión que perfectamente se pueden transformar en inagotables, sin embargo, el propósito es señalar la importancia del problema, esto es que la modernidad fue asumida, en su concreción histórica, preferentemente por la burguesía, no exclusivamente, pero ella disponía de la ventaja de ser el grupo social en ascenso y que comenzaba a predominar en la cultura; sus principios y modos de vida se erigían en modelos de "mimesis" o imitación para los otros sectores sociales.

Burguesía que encerraba no sólo una cosmovisión empírica del mundo, sino que la incorporación de una mentalidad empresarial; valoración y desarrollo del capitalismo como sistema de producción y de satisfacción de necesidades. En la evolución histórica, la modernidad se hizo funcional al capitalismo y terminó encarnada por la forma de ser burgués. La racionalidad como método y abstracción en sí, como teoría y doctrina, termina derivándose en un proceso concreto en la historia: la racionalidad económica. Pero no sólo la racionalidad económica, sino que la racionalidad económica del capitalismo.

6.5. La técnica como el eje del cambio y de la expansión ilimitada de los horizontes del hombre

Durante todo el proceso histórico del hombre han concurrido un conjunto de elementos como factores emergentes de desarrollo y de cambio, entre ellos identificamos la técnica, las organizaciones sociales, la organización

productiva, las valoraciones que el hombre hace de la realidad, sus creencias, el conocimiento que posee para producir, etc. Sin lugar a dudas, que la técnica ha cumplido siempre un rol valioso enlazado con los otros factores, desde los albores de la humanidad. Técnica y trabajo se han compenetrado en producir cultura, como por ejemplo desde la madera endurecida en un arado que sirve para hoyar la tierra y allí dejar caer la simiente, hasta pasar por la invención de la rueda y poder llegar a la era de la segunda revolución industrial, con la microelectrónica y los microchips. El fenómeno actual es que la sociedad actual comienza a ser modelada por el impacto que provoca la tecnología de punta. La tecnología con su aplicación directa a las condiciones de vida de todos los hombres –cualquiera que sea su condición social– no sólo ayuda al hombre a tener dominio sobre su medio y a facilitarle su existencia, sino a crear un fenómeno mucho más significativo para las perspectivas humanas. El hombre de hoy siente que se ha otorgado a sí mismo un poder inusitado que le amplía los límites de su propia contingencia, explorando los límites de la vida, de la muerte y del tiempo. El hombre siente el vértigo de que puede más, que la ampliación de sus horizontes está en manos de la ciencia y tecnología olvidando los otros parámetros humanos y, a la vez, los límites de su propia condición humana.

De allí proviene la sensación de placer por una cultura centrada en el bienestar, en que los nuevos edificios de los Malls se constituyen a semejanza a las catedrales del medioevo, en el centro en donde gira la vida social porque el hombre se siente allí rodeado de todas las oportunidades de “vida” que el mercado le ofrece gracias a la tecnología; aunque no pueda comprar “ahora” por restricciones presupuestarias, el fenómeno consiste en que las instancias de expansión de los límites del poder humano están allí como demostración fehaciente que las posibilidades son reales, existen, y que en el futuro se podrán transformar en cercanas, dependiendo sólo de sus ingresos.

Estamos enfrentados a una cultura de la expansión ilimitada gracias a la tecnología y ciencia. Utilizando ambas, el hombre superó las barreras de la supervivencia y alcanzó niveles de vida de calidad, al menos para un sector de la población, adentrándose en ansias milenarias representadas en un antiguo “mito” de querer los hombres “ser o transformarse en dioses”, fenómeno que vuelve a presentarse en las fronteras del siglo XXI.

6.6. *La valoración y validación de la realidad*

Al utilizar la conceptualización de “cultura de la modernidad”, para llegar a entender nuestra sociedad, en el fondo hemos estado identificando en el proceso cultural aquellas variables que en el acontecer histórico los hombres le han encontrado y otorgado valor y, por ende, en un proceso de consenso social le han entregado validez, validación o legitimidad social, para que esos principios tengan, entonces, aceptación consensual por la amplia mayoría; naturalmente que esto no se obtiene por medio de una votación, sino que por el uso que los agentes sociales le otorgan.

En consecuencia, uno de los fenómenos culturales de primera importancia en la historia humana es reconocer cómo en cada época el hombre centra su interés de valor en una o varias necesidades o en sus instrumentos que le sirven para satisfacerlas. Tipificando la descripción en referencia, podemos nombrar, por ejemplo, la validez que hoy tiene el mercado en la interacción económica y social, proceso que se alcanzó en forma lenta e imperceptible, seguramente por su eficacia de regulación económica en la asignación de recursos. Asimismo, podemos nombrar en la misma dirección la idea de competencia en la producción, de eficacia, de rendimiento, etc. El hombre hoy ha valorado primordialmente la economía como disciplina ordenadora de la realidad, porque ella le otorga poder político y social. Lo que el hombre termina de validar o legitimar en el conjunto de acciones para responder a su necesidades tiene su correspondencia en el tipo de cultura que termina por estructurar.

En otras palabras, lo definitivamente importante en el acontecer histórico objetivo es lo que el hombre está valorando consensualmente de la realidad, entendida ésta como el accionar social para satisfacer las necesidades. Los ejemplos en la historia son muchísimos. De allí la preocupación por lo que el hombre a futuro podrá considerar como valioso; de allí la preocupación por el destino y el rol de las masas, o en su efecto, el papel que puede jugar una minoría carismática que encarne las necesidades del pueblo. Todo es posible en las valoraciones futuras de los hombres, nada está de antemano predeterminado; todo está circunscrito a las interacciones que los hombres produzcan para responder a sus intereses antropológicos –necesidades entendidas integralmente–, a las formas que surjan para satisfacerlas y a las valoraciones que el hombre haga de todas ellas.